

## Pero... ¡Todavía el 98!

Javier Blasco

Hace ya más de 25 años, Ricardo Gullón denunció en perspicaz ensayo<sup>1</sup> el carácter fantástico y artificioso de una etiqueta —la de Generación del 98— que, a partir de la guerra civil<sup>2</sup> había venido sirviendo, si no para conocer un poco mejor nuestra historia (empezando por el hecho de que el concepto de generación, que puede ser útil para estudiar los guisantes o los múridos, no tiene validez alguna cuando se aplica a las obras del espíritu), sí para amueblar “como es debido” las cabezas de generaciones y generaciones (y aquí sí que el término de “generación” está empleado con sentido cabal) y amueblarlas con una serie de tópicos que poco o nada tenían que ver con la historia con mayúsculas, aunque en muchos casos tuviera que ver bastante con la historia particular de los propios definidores de la etiqueta.

Sobre las pautas de bien conocidos (aunque frecuentemente ninguneados) trabajos precedentes de Federico de Onís y de Juan Ramón Jiménez, en 1971 Ricardo Gullón pone en evidencia —con argumentos— que lo de “generación del 98” no fue nunca un “hecho” de la historia, sino una construcción artificiosa de los historiadores (de algunos historiadores). Con mayor frecuencia de la que sería de desear, se olvida que una cosa es la vida y otra la historia; que la vida, sufrimiento o gozo, se nos impone en forma de sucesos, en tanto que la historia la fabricamos (a veces a la medida de nuestro interesado antojo). Escribir historia es, necesariamente, interpretar y hay interpretaciones que —con mayor o menor acierto— gravitan en torno a lo que ocurrió y otras, en cambio, que gravitan en torno a lo que el intérprete quiere creer (le interesa creer o pretende que los demás creen) que ocurrió. Son meras instrumentalizaciones de la historia “pro domo sua”. A este segundo tipo pertenece la “invención/falsificación” de la traída y llevada Generación del 98, de modo que esta etiqueta, que se ha querido pasar por categoría histórica, en última

---

<sup>1</sup>.- “La invención del 98”, en *La invención del 98 y otros ensayos*, Madrid, Gredos, 1969.

<sup>2</sup>.- No me olvido de Azorín, ni de las sucesivas reconstrucciones del fin de siglo, a partir de 1909. Por el contrario, las tengo bien presentes y recomiendo su lectura a los que, después de la guerra civil española, se inventaron el maniqueísmo que envolvió el concepto de Generación del 98 a partir de los años 40. Véase la introducción que, con María Pilar Celma, pusimos al frente de la edición de Manuel Machado, *La guerra literaria*, Madrid, Narcea, 1981.

instancia no es otra cosa que un útil “slogan” propagandístico. No lo digo yo; lo afirma uno de los más conspicuos defensores del marbete, cuando quiere explicar la actitud que ha presidido el libro de otro de los pioneros en la construcción del artefacto generacional. Así Díaz Plaja, refiriéndose al medular (en este tema) libro de Laín, afirma: “La actitud [del historiador en cuestión, es decir Laín] estriba en su posición —digámoslo otra vez— *política* (en el más noble sentido de la palabra), que [...] le mueve a considerar el grupo que estudia [el del 98] en función —a veces profética— de determinadas posiciones posteriores de la vida colectiva de nuestra patria” (tanto la cursiva, como los paréntesis, son del autor; sólo los corchetes son míos).

Porque conviene tener en cuenta (y se olvida con demasiada frecuencia) que el debate “modernismo frente a noventay ocho” no es un debate sobre etiquetas. Al menos no lo es para mí, ni tampoco parece serlo para la gran mayoría de los autores que reúne el volumen colectivo *¿Qué es el modernismo? Nueva encuesta. Nuevas lecturas*<sup>3</sup>, uno los esfuerzos colectivos más recientes por poner en claro el sistema de categorías que se han empleado para situar el fin de siglo. Me parece errada la etiqueta de “Generación del 98”, pero, si la comunidad de los historiadores de la literatura así lo conviniese, tampoco me causaría ningún trauma su aceptación, pues las etiquetas no son otra cosa que convenciones cuya realidad sólo tiene un alcance instrumental. Lo que realmente me cuesta admitir (por ir contra la realidad de los hechos) es el empeño de la “crítica noventayochista” en utilizar la mencionada etiqueta al servicio: a) de un maniqueísmo que, contra toda documentación y contra toda lógica, pretende dividir el fin de siglo en “oráculos” y en “cenicientas”<sup>4</sup>; b) de un localismo que se niega, contra viento y marea, a aceptar que la literatura española de este momento no es otra cosa que un capítulo de la literatura occidental; y c) de una tergiversación de la tradición para justificar (u orientar) en el presente —en el presente de la postguerra civil española— una ideología concreta que tiene que ver más con el historiador que con los hechos historiadados.

---

<sup>3</sup> .- Richard Cardwell y Bernard McGuirk (eds.), *¿Qué es el modernismo? Nueva encuesta. Nuevas lecturas*, Boulder, Society of Spanish and Spanish-American Studies, 1993.

<sup>4</sup> .- Véase mi artículo “De ‘oráculos’ y de ‘cenicientas’: la crítica ante el fin de siglo español”, en *¿Qué es el modernismo? Nueva encuesta. Nuevas lecturas*, op cit., pp. 59-85.

Por citar sólo como ejemplo a los fijos en todas las alineaciones del “noventayochismo”, confesaré que no sé (ni me importa) si Baroja jugó o no con la camisola “noventayochista” (el decía que no), pero sí que sé que en 1898 el bueno de don Pío era tanto o más simbolista que los muy “modernistas” Juan Ramón o Darío. Y no digamos nada del José Martínez Ruiz de *La voluntad* o de *Antonio Azorín*.. Sin duda Unamuno siente intensamente España, pero su corazón —y por ello precisamente siente a España como la siente— está acunado por unas lecturas más universalistas y tan poco castizas como las de Darío. El mencionado ensayo de Gullón tuvo la virtud de hacer cambiar la imagen del fin de siglo ante la crítica; de enseñarnos que en aquella literatura no existía la quiebra que, implícita o explícitamente, repetían todos los manuales desde 1945; de hacernos ver que la crisis que anima la escritura de los llamados noventayochistas y de los motejados modernistas no es otra cosa que la “forma hispana de una crisis universal de valores”.

Al quitarle al “98” (que sí que existió) el corsé de la generación (que no existió, al menos como se nos ha contado) y al animar a los lectores a mirar más allá del “nacionalismo” desde el que se había acuñado la etiqueta, Gullón abrió la lectura del fin de siglo a un panorama que no podía reducirse ya a la virilidad de nuestros escritores, al españolismo de los mismos, a su amor al paisaje, etc. Y dejó ver en toda su riqueza un universo en plena transformación: lo tecnológico (el agua corriente a domicilio, la telefonía sin hilos, la luz eléctrica, el cinematógrafo, el tren, el aeroplano, el dirigible, etc.), lo social (el desarrollo de la prensa y de las revistas ilustradas, el mejor acceso a los viajes, los más frecuentes contactos de nuestros intelectuales con Europa), lo laboral (los movimientos obreros, la emergencia del proletariado, la organización de la burguesía y su apuesta por ocupar el poder, etc.), lo religioso (el modernismo teológico), lo científico (Einstein, Freud), lo político (la lucha por el sufragio universal, el anarquismo, etc.), dibujan un panorama general de crisis de valores, que desborda con mucho los límites carpetovetónicos de esa caricatura gedeónica —terriblemente injusta y discriminadora— que los defensores del marbete “generación del 98” han interpuesto entre los intelectuales y escritores del pasado fin de siglo y los lectores actuales. Con razón Andrés Trapiello en un

libro muy estimulante, al que luego me referiré, afirma que “si los regeneracionistas de aquel 98 trataron de abrir España a Nietzsche, Ibsen o Pirandello”, a nosotros los de este otro 98 nos toca “abrírsela, oh paradoja, a sus propios Unamuno, JRJ, Azorín o Baroja”.

Por primera vez, desde la apropiación ideológica que determinados intelectuales del franquismo hicieron del supuesto espíritu noventayochista, el trabajo de Gullón invitaba a dejar a un lado el estéril debate nominalista en torno a la etiqueta, para pasar a analizar —sin prejuicios maniqueos— la literatura del momento. Y eso es lo que, desde todas las ideologías y desde todas las latitudes del hispanismo, con metodologías muy diferentes, la bibliografía actual revela qué ha sucedido. De manera que, hoy, podemos decir que, a pesar de la oficialidad de ciertas interpretaciones, contamos ya con trabajos destacados en la reconstrucción de ese rico y multiforme panorama que algunos —en profundo anacronismo— quisieron vestir con el uniforme militante de un “españolismo” más próximo a *Escorial* que a *Electra*..

Con la mención de algunos de tales trabajos, intento ofrecer un muestrario suficiente —dada la abundancia de estudios existentes aquí no hay espacio para pretender ser exhaustivo— de las principales líneas de análisis que la bibliografía de los últimos 15 ó 20 años ha sabido alumbrar. Sin duda, en esta bibliografía existen importantes trabajos dedicados a revisar la historia del fin de siglo, entre los que quiero destacar el libro de Sebastián Balfour, *El fin del imperio español*<sup>5</sup>, y los estudios que editan Juan Pablo Fusi y Antonio Niño en *Vísperas del 98*<sup>6</sup> (con atención a la decepción política que suscita el sistema de Cánovas, a la tónica pesimista que se observa en diversos aspectos de la civilización española, a la crisis del positivismo, a los esfuerzos por la modernización, a los descontentos y miserias del ejército, a la emergencia de los nacionalismo, a los errores de la política exterior y colonial de España, etc.) constituyen un ejemplo generalmente positivo de revisión histórico-política del fin de siglo. Interesante resulta también, para centrar el

---

<sup>5</sup>.- Barcelona, Crítica, 1997.

<sup>6</sup>.- Madrid, Biblioteca Nueva, 1997.

mundillo político del momento, el estudio de Javier Fornieles, enfocado preferentemente hacia la figura de Salmerón<sup>7</sup>.

En estos trabajos, la guerra de Cuba y la pérdida de las colonias son temas que ocupan un lugar de preferencia, pues tales temas constituyen, sin duda, un punto obligado de preocupación para todos los coetáneos del desastre. Y, como no podía ser de otro modo, la literatura del momento refleja idéntica preocupación. Pero conviene, en este último punto, hacer una advertencia que debería —a estas alturas— ser ya innecesaria: la guerra de Cuba y sus secuelas político-ideológicas en absoluto permiten explicar la literatura del momento, ni siquiera permiten explicar la literatura que de manera más explícita se ocupa de este asunto concreto. Como analiza Jover Zamora, en trabajo recogido en el libro de Fusi que se acaba de citar, las secuelas hispanas de la guerra de Cuba sólo se entienden correctamente, si se las contempla en el “horizonte europeo” de la aparición de una “nueva sensibilidad”<sup>8</sup>.

Y es la recuperación de este “horizonte europeo” una de las más significativas aportaciones de la bibliografía última. Cuando se leen los textos en que se gestó la invención de la Generación del 98, a uno le queda la impresión de que nuestros noventayochistas escribían desde Zambia (o, al menos, desde las Batuecas), tal es la obsesión de estos “famosos inventores” por hacer de la literatura de nuestro fin de siglo un producto único y excepcional, un producto a parte de todo lo que, por las mismas fechas, desde Moscú a Lisboa, se estaba haciendo en el resto de Europa. Según tales inventores, nuestros “noventayochistas” benditamente diferentes, incontaminados de la pérfida epidemia decadentista que inficionaba al resto de literaturas de los países no “elegidos” de allende los Pirineos, supieron salvar las “esencias nacionales” y, sin caer en los afeminamientos ni en las veleidades indias de los modernistas, mantuvieron el “genio de la raza” listo para afrontar de nuevo la honrosa tarea de reconstruir el “imperio” a noventayochazos<sup>9</sup>. Claro que, en el fin de siglo, nada ocurrió de esta manera.

---

<sup>7</sup>.- Nicolás Salmerón (*republicanos e intelectuales a principios de siglo*), Almería, Zéjel, 1991.

<sup>8</sup>.- *Vísperas del 98*, op. cit., p. 22 y ss.

<sup>9</sup>.- En la misma línea, pero más equilibrado ideológicamente y con una documentación menos sectaria, se halla el reciente libro de Ciriaco Morón Arroyo, *El “alma de España”*, Oviedo, Ediciones Nobel, 1996.

Pero lo cierto es que así nos lo contaron y así nos lo siguen contando. Del nuevo prólogo que Laín ha escrito para su viejo libro, tomo una cita muy elocuente: “Con sinceridad digo que, [...], salvados pocos y minúsculos detalles, hoy suscribo sin reservas cuanto ahora se reimprime”<sup>10</sup>. Sin embargo, y aunque todo lo que en cincuenta años se ha escrito (y se ha vivido) no le sirva a Laín para modificar, si no es “en pocos y minúsculos detalles”, el enfoque de la cuestión del 98, lo cierto es que ha llegado la hora de volver a leer aquella literatura desde otras coordenadas; por ejemplo, desde las que perfilan libros como el de Matei Calinescu<sup>11</sup>, como el de Marshall Berman<sup>12</sup> o como el de G. Lipovetsky<sup>13</sup>. Contemplada desde el horizonte que los mencionados trabajos iluminan, la literatura española del fin de siglo adquiere una dimensión muy diferente y, al igual que el resto de la literatura occidental de ese momento, se nos ofrece como testimonio elocuente de una fase de la modernidad que, sin haber acabado de desprenderse del todo de los viejos trajes, se ve sumida de golpe en el torbellino de contradicciones con que el capitalismo en lo económico, la idea de democracia en lo político y la del industrialismo en lo social y en lo laboral, anuncian la inminencia de un mundo nuevo que, con la bandera del progreso al frente, hay que construir casi de la nada. Un libro ya clásico de Gutiérrez Girardot<sup>14</sup> había demostrado ya la rentabilidad de leer la literatura hispánica en un marco como el que acabo de sugerir.

Está claro que nuestros “noventayochistas” dedicaron una parte de su obra a pensar el “problema de España”, pero lo hicieron desde las perspectivas con que el progreso anunciaba lo nuevo: “Una España tradicional y reaccionaria [ que no puede ser otra que la de Cánovas, claro], que existe en el interior de la España actual y progresista, ha sido vencida y destruida en las últimas guerras coloniales y en la lucha contra Estados Unidos”, afirma Adolfo Posada. Bien es verdad que, aunque este autor —aplicada estrictamente la mágico-mítica teoría de las generaciones— sea un hombre del 98, no aparece ni entre los reservas de los reservas de la selección noventayochista. Pero el hecho es que su afirmación la hubieran suscrito —al

---

<sup>10</sup> .- Pedro Laín Entralgo, *La Generación del 98*, Madrid, Espasa Calpe, 1997, pp. 11-12.

<sup>11</sup> .- *Cinco caras de la modernidad*, Madrid, Tecnos, 1987.

<sup>12</sup> .- *Todo lo sólido se desvanece en el aire. La experiencia de la modernidad*, Madrid, Siglo XXI, 1988.

<sup>13</sup> .- *La era del vacío*, Barcelona: Anagrama, 1986.

<sup>14</sup> .- *El modernismo*, Barcelona, Montesinos, 1983.

menos en 1898— desde el primero hasta el último de los incuestionados noventayochistas. En las páginas de *En torno al casticismo*, Unamuno afirma “España está por descubrir”, pero, tras apuntar esta premisa, concluye: “y sólo la descubrirán españoles europeizados”.

Cuando una y otra vez se insiste en la importancia de lo de Cuba como “hito supremo” que aglutina a los miembros de la generación del 98, conviene recordar al respecto unas palabras de Miguel de Unamuno, que cita Azaña como ejemplo de que “no todo fue, en 1898, aturdimiento, vocerío gárrulo, inexperiencia”: “... el pueblo —afirmaba Unamuno en plena crisis de Cuba— nunca ha sentido entusiasmo por esta guerra, como lo sintió por el simulacro de Melilla contra el infiel marroquí, ni se ha alborotado contra el *tocinero yanqui*, como se alborotó contra los alemanes cuando las Carolinas. En las honduras del espíritu público, que no conviene por lo visto reflejar a los órganos de la opinión, hay conciencia de la culpa nacional y ninguna fe en nuestro derecho. Por dondequiera se oye en las tertulias, círculos, cafés y hogares reconocer que sobran justificables móviles a la insurrección. ¿Que el declararlo es dar armas a los insurrectos? ¡Valiente simpleza! El ocultarlo sí que es agravar nuestra causa, nada simpática en general en Europa, aunque tratemos de negarlo, siguiendo la costumbre nacional —y de la nación, reflejada en los gobiernos— de mentira y trampa adelante”<sup>15</sup>.

Así ocurrieron entonces las cosas. Toda la preocupación de Unamuno por España estaba ya expresada en su *En torno al casticismo*, antes de que los pronunciamientos coloniales se iniciasen. El problema no estaba en Cuba, ni en Filipinas; el problema era un problema interior y, sin entrar en detalles, podría formularse así: el choque de la España real, que vive los problemas (en muchos casos nuevos) del fin de siglo, frente a la España oficial, anclada todavía en un sistema de castas propio de los tiempos del feudalismo; o, si se quiere ser más exacto con la terminología, el verdadero problema estaba en el choque frontal de la intrahistoria y de la historia, que hacía de España un reloj en el que el segundero iba hacia adelante, en tanto que el minutero avanzaba hacia atrás. Y esto no ocurría solo en España. En toda Europa, en mayor o menor grado, se produce idéntico choque:

las sucesivas revoluciones industriales que conoce el siglo XIX ponen en escena un mundo que social, económica, laboral y tecnológicamente propicia el cambio y la evolución (grata palabra para los noventayochistas), en tanto que la maquinaria del poder, vieja y desvencijada, se resiste a pasar por talleres. Europa no perdió Cuba (aunque varios países europeos viven conflictos coloniales parecidos) y, sin embargo, su literatura sí que conoce una crisis idéntica a la que aquí nombramos como del 98. Cuestión, sin duda, de empatía (ya que no de simpatía).

Por no tener la exclusiva, nuestra “generación del 98” no la tiene ni siquiera del pensamiento regeneracionista<sup>16</sup>, cuyas raíces y motivaciones hay que situar — como enseña un trabajo muy ajustado de Lily Litvak<sup>17</sup> — en la polémica de latinos y anglosajones, que es común a franceses, italianos y españoles, y que tiene que ver con un cierto complejo de las culturas latinas ante la idea de progreso técnico que se extiende desde el mundo sajón y que amenaza con destruir la idea de profundidad cultural grecorromana, suscitando una generalizada conciencia de “decadencia”.

Tampoco es oportuno reducir la literatura de aquel 98 a la obra castellanista de cuatro escritores del litoral (de los litorales) replantados en la meseta. Por fortuna hoy existe ya una copiosa bibliografía sobre la extraordinaria actividad literaria que, de uno a otro de los cuatro puntos cardinales, se desarrolla en *toda* la península. El caso catalán, en concreto, se conoce bastante bien desde hace ya algún tiempo<sup>18</sup>, pero, poco a poco, han ido apareciendo importantes trabajos para otros territorios. No puedo ahora dar cuenta de todos ellos, pero sí que quiero mencionar, por parecerme modélico, el trabajo de José Luis Calvo Carilla, para Aragón<sup>19</sup>. En cualquier caso, en el espléndido volumen que editan José María Enguita y José Carlos Mainer, con el título *Literaturas regionales en España*<sup>20</sup>, el lector encontrará cumplida información y documentación más precisa.

Y si se ha avanzado substancialmente en el conocimiento de la literatura del fin de siglo al volver la mirada hacia lo interior (hacia los varios interiores de lo

---

<sup>15</sup> .- Cfr. Manuel Azaña, “¡Todavía el 98!” (1923), en *Antología. I. Ensayos*, Madrid, Alianza Editorial, 1982, p. 157.

<sup>16</sup> .- Véase José Carlos Mainer, *La doma de la Quimera*, Bellaterra, Universitat Autònoma de Barcelona, 1988.

<sup>17</sup> .-

<sup>18</sup> .- Eduard Valentí, *El primer modernismo literario catalán y sus fundamentos ideológicos*, Barcelona, Ariel, 1973 y Lluís Marfany, *Aspectes del modernisme*, Barcelona, Curial, 1982.

<sup>19</sup> .- *El modernismo literario en Aragón*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 1989.

<sup>20</sup> .- Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 1994.



hispano), significativos avances se han producido también en la comprensión de cómo el universo de ideas “noventayochistas” mantiene importantes conexiones con formas de pensamiento que tienen su origen fuera de nuestras fronteras. Aunque en este terreno falta todavía mucho camino por recorrer (D’Annunzio, Barbey d’Aurevilly, Tolstoi, Amiel, Ruskin, Samain, Carlyle, Emerson, Kierkegaard, etc.), a los consagrados trabajos de Sobejano sobre *Nietzsche en España*<sup>21</sup> o de Ferreres sobre Verlaine<sup>22</sup>, han venido a sumarse nuevas aportaciones sobre la recepción que la literatura europea de este momento —y, por lo tanto, también la española— hace de Schopenhauer (sirvan de muestra los trabajos que reúne Anne Henry<sup>23</sup>); sobre las conexiones de nuestra literatura (especialmente por la mediación catalana) con el pre-rafaelismo inglés<sup>24</sup>; sobre el relieve que adquiere, como reacción antipositivista, la filosofía ocultista<sup>25</sup>; o sobre la importancia y repercusión del modernismo religioso<sup>26</sup>. Otros varios trabajos, en la línea de los citados, podría añadirse a una lista que demuestra, cada vez con mayor claridad, que “España es diferente..., ma non troppo”; que el 98 o se entiende en Europa, y con Europa, o no se entiende. Incluso la “africanización”, postulada en un determinado momento por Unamuno, necesita a Europa como campo de acción para ejercitarse.

El éxito y la autoridad de que ha gozado entre nosotros, a pesar de lo dicho hasta aquí, el marbete de “generación del 98” se explica, además de otras cosas, por la facilidad con que ciertos tópicos acaban reemplazando a los hechos, a los datos, a las cifras, a los hombres... y a los nombres. Dos libros de María Pilar Celma Valero<sup>27</sup>, escritos al hilo de la orientación señalada por Gullón en *El modernismo visto por los modernistas*<sup>28</sup>, han contribuido muy positivamente, en el estudio de la literatura del fin de siglo, a devolver el protagonismo a los textos (secuestrados por las interpretaciones) y a los autores del momento (silenciados por el reduccionismo

---

<sup>21</sup> - Madrid, Gredos, 1967

<sup>22</sup> - Rafael Ferreres, *Verlaine y los modernistas españoles*, Madrid, Gredos, 1975.

<sup>23</sup> - *Schopenhauer et la Creation litteraire en Europe*, París, Meridiens Klincksieck, 1989.

<sup>24</sup> - María Angela Cerdá I Surroca, *Els pre-rafaelites a Catalunya*, Barcelona, Curial, 1981.

<sup>25</sup> - Especialmente Ricardo Gullón, en la nueva edición de *Direcciones del modernismo*, Madrid, Alianza, 1990. Pero también estudios concretos como el Juan Félix Larrea López, *Modernismo y teosofía. Viriato Díaz Pérez*, Madrid, Libertarias/Prodhufi, 1993.

<sup>26</sup> - Véase Alfonso Botti, *La Spagna e la crisi modernista*, Brescia, Morcelliana, 1987, y de Gilbert Azam, *El modernismo desde dentro*, Barcelona, Anthropos, 1989.

<sup>27</sup> - *La pluma ante el espejo*, Universidad de Salamanca, 1989, y *Literatura y periodismo en ls revistas del fin de siglo. Estudio e índices (1888-1907)*, Madrid, Júcar, 1991.

de las nóminas). Tales libros, centrados en la prensa literaria del fin de siglo, tienen la virtud de situarnos ante el discurrir, día a día, de una literatura que pone en evidencia los innumerables rotos de la red tejida por Petersen para ahormar la historia y domesticarla (quiero decir, hacerla doméstica).

El recorrido al que estos libros invitan sitúa al lector ante un escenario, el de las revistas y los periódicos, que se nos revela territorio pleno de posibilidades nuevas para el escritor del momento. Sé muy bien que el periódico es anterior a esa nueva modernidad que se alumbra con el fin de siglo, pero eso no debe hacernos ignorar el auge, la riqueza y la variedad que conoce el mundo de la prensa en este momento. Es ahora cuando, con la ayuda de la fotografía, los periódicos descubren (y explotan) las posibilidades de un discurso que funde palabra e imagen (los caligramas no son una casualidad) y que imponen una diferente forma de leer. Al amparo del nuevo espacio discursivo que los periódicos alumbran, se rompen los viejos moldes genéricos y comienza a surgir toda una variada gama de géneros desconocidos en el siglo anterior. Extraordinaria importancia tiene también la prensa del momento en la redefinición que, acerca de su papel y de su función en el nuevo ordenamiento social, se ve obligado a hacer el escritor en la época. Las figuras del bohemio, del intelectual y del artista, tan representativas del momento, surgen precisamente en este marco. Cambia substancialmente el medio literario, cambia el “oficio” del escritor y, cerrando el círculo, cambia el uso y el consumo de la literatura. José Carlos Mainer, una de las voces más autorizadas para hablar del pasado fin de siglo, en *La doma de la Quimera*<sup>29</sup>, pasa revista a muchas de estas cuestiones, con detenimiento muy documentado, por ejemplo, en las fluctuaciones del público lector y muy especialmente en el crecimiento y desarrollo de la “lectura obrera”, a la vez que Pilar Bellido nos ilustra respecto a la creciente importancia de la prensa obrera<sup>30</sup>.

Completando el cuadro, Jean François Botrel, en *La diffusion du livre en Espagne (1868-1914)*<sup>31</sup>, aporta datos muy relevantes sobre la impresión y el

---

<sup>28</sup> .- *El modernismo visto por los modernistas*, Madrid, Guadarrama, 1980.

<sup>29</sup> .- Op. cit., pp. 19 y ss.

<sup>30</sup> .- *Literatura e ideología en la prensa socialista (1885-1917)*, Sevilla, Alfar, 1993.

<sup>31</sup> .- Madrid, Bibliothéque de la Casa de Velezquez, 1988.

mercado del libro en el período que nos interesa, mientras que Jerome McGann<sup>32</sup>, en un libro que todavía no he visto citado en ninguna bibliografía del fin de siglo español, analiza las conexiones del estilo modernista con las posibilidades que ofrece el diseño y la tipografía en la composición del libro moderno.

Un magnífico y documentado libro de Christopher Butler, *Early Modernism. Literature, Music and Painting in Europe 1900-1916*<sup>33</sup>, demuestra (aunque venga de la pérfida Albión) cómo el situar a Picasso o a Juan Gris en el marco nada localista de la pintura europea libera las posturas teóricas de ambos de ese “apolillamiento crítico”, que sigue amenazando a Unamuno, a Baroja, a Azorín o a Maeztu. Y es que a los “famosos inventores” se les olvida que el tiempo de sus “noventayochistas” es *El tiempo de los trenes*<sup>34</sup>, con todo lo que ello significa, incluso para determinadas modulaciones del discurso (la perspectiva, por ejemplo), que acaban impregnando hasta el estilo y que contribuyen a inundar el imaginario literario de exotismo (indigenista o cosmopolita)<sup>35</sup>; un tiempo en el que el mundo, gracias a las incipientes comunicaciones que la tecnología impulsa, comienza a caminar a pasos acelerados hacia la gran aldea universal que se anuncia en nuestro presente. Las ciudades adquieren un desconocido esplendor<sup>36</sup> y la vida cotidiana se ve profundamente afectada por el choque entre tradición e innovación, entre artesanía e industria<sup>37</sup>, entre campo y ciudad<sup>38</sup>, de donde se deriva toda una serie de conflictos que libros como el de Erika Bornay<sup>39</sup>, sobre el nuevo papel de la mujer en los albores de nuestra modernidad, o el de Lily Litvak<sup>40</sup>, sobre la creciente importancia del proletariado en lo social (pero también en lo artístico), contribuyen a centrar en unas

---

<sup>32</sup> .- *Black Riders. The Visible Language of Modernism*, Princeton University Press, 1993.

<sup>33</sup> .- Oxford, Clarendon Press, 1994.

<sup>34</sup> .- Lily Litvak

<sup>35</sup> .- Lily Litvak, *El sendero del tigre. Exotismo en la literatura española de finales del siglo XIX, 1880-1913*, Madrid, Taurus, 1986, y *El ajedrez de las estrellas*, Barcelona, Laia, 1986.

<sup>36</sup> .- Michael Ugarte, *Madrid 1900. The Capital as Cradle of Literature and Culture*, The Pennsylvania State University Press, 1996. En concreto sobre el París de fin de siglo, que cautivó tan poderosamente a nuestros escritores, véase José María Areilza, *París de la belle époque*, Barcelona, Planeta, 1989.

<sup>37</sup> .- Lily Litvak, *Transformación industrial y literatura en España (1895-1905)*, Madrid, Taurus, 1980.

<sup>38</sup> .- Fernando García de Cortázar, *España 1900*, Madrid, Silex, 1995.

<sup>39</sup> .- *Las hijas de Lilith*, Madrid, Cátedra, 1990.

<sup>40</sup> .- *Musa libertaria*, Madrid, Antoni Bosch, 1981.

coordenadas que se nos revelan, de nuevo, mucho más complejas (y mucho más influyentes) que las que pudieran derivarse del conflicto cubano<sup>41</sup>.

El conjunto de trabajos que acabo de citar (y muchos otros que se hallan en la misma línea, pero de los que no puedo hacer ni siquiera mención ahora) ha propiciado un sustancial cambio en la determinación de las coordenadas estéticas e ideológicas, en que debe situarse la lectura de la nueva literatura que emerge con el fin de siglo. Quiero destacar, en este sentido, algunos libros de reciente aparición, que me parecen extraordinariamente relevantes y que demuestran lo saludable (y enriquecedora) que resulta la aventura de leer a los autores del fin de siglo sin el encorsetamiento que el llamado “fascismo humanista” proyectó sobre el concepto de Generación del 98. Me refiero a *El secreto de España*, de Juan Marichal<sup>42</sup>, a *La invención de España. Nacionalismo liberal e identidad nacional*, de Inman Fox<sup>43</sup>, y a *Los hijos del Cid*, de Andrés Trapiello<sup>44</sup>. Se trata de libros muy diferentes, pero igualmente valiosos. Los de Juan Marichal e Inman Fox, más académicos en su concepción, tienen la enorme virtud de poner en evidencia —con una lectura inteligente y documentada— cómo el pensamiento de los “noventayochistas”, lejos de emerger del vacío, hunde sus raíces en un proyecto de liberalismo y de modernidad que arranca de las Cortes de Cádiz y que se proyecta hasta la instauración de nuestra democracia (en la misma línea —valoración de las ideas liberales en la construcción de la idea de España/s que alumbró la modernidad— se orienta el conjunto de trabajos que hace ya algún tiempo reunió Inman Fox<sup>45</sup>). El libro de Trapiello, más ensayístico que los anteriores y positivamente subjetivo en muchas de sus lecturas (como el propio autor declara en el prólogo), se centra de lleno en el tiempo que los manuales limitan con el nombre de “Generación del 98”, pero libre de prejuicios academicistas abre sus páginas, con una prosa de muy estimable calidad, a un panorama literario, en el que por primera vez se rompe con la

---

<sup>41</sup> .- Muchos de los temas a que se refiere este párrafo encuentran un planteamiento original y muy acertado en la serie de artículos que reúne Lily Litvak en *España 1900. Modernismo, anarquismo y fin de siglo*, Barcelona, Anthropos, 1990.

<sup>42</sup> .- Madrid, Taurus, 1995.

<sup>43</sup> .- Madrid, Ceatedra, 1997. Resulta este volumen un perfecto complemento del un poco anterior *Ideología y política en las letras de fin de siglo (1898)*, Madrid, Espasa Calpe, 1988.

<sup>44</sup> .- Barcelona, Planeta 1997.

<sup>45</sup> .- *Ideología y política en las letras del fin de siglo (1898)*, Madrid, Espasa Calpe, 1988.

lectura “antológica” que siempre pretendieron (y en parte lograron) imponer todos esos defensores del corsé españolista de un 98, en el que en última instancia sólo un Unamuno (mal leído), un Baroja (en contra de su propia apreciación personal), un Azorín (eficientemente maquillado y expurgado) y un Maeztu (¡presente!), parecen caber por propio derecho. Junto a estos títulos, y sin entrar en los avances que se han producido en la lectura de autores concretos del momento, merecen también una mención varios trabajos, centrados ya en lo puramente literario, como el que Germán Gullón dedica al estudio de *La novela moderna en España (1885-1902)* <sup>46</sup>, donde demuestra de qué manera leer a los viriles noventayochistas en la clave femenina del modernismo, lejos de ser una pérdida de tiempo, resulta iluminador; o como el que Carlos Moreno<sup>47</sup> escribe persiguiendo la idea de lo cursi en la modernidad del cambio de siglo.

Una última cuestión importante con la que la bibliografía más reciente ha tenido que apechugar es la de la limitación territorial de la consabida etiquetita. Un libro muy reciente, nada sobrado de luces<sup>48</sup>, pálido corifeo de la grandielocuencia lírica de aquellos que se gestaron en la posguerra cerca del ministerio de Educación Nacional, vuelve de nuevo a la carga del noventayochismo, para concluir que la generación del 98 (que por supuesto, para el autor, sí que existió) la formarían Unamuno, Azorín, Baroja y Maeztu. El resto de autores (siempre cita castellanistas, por cierto) le sobra y lo aparca en las muy rigurosas categorías históricas de los “precursores” y de los “compañeros de viaje”<sup>49</sup> (!). Según el diccionario de la Real Academia, *generación* puede significar, en una acepción, “casta, género o especie”, en tanto que en otra acepción significa “conjunto de todos los vivientes coetáneos”. De acuerdo con esto, podría pensar el lector que o bien el autor en cuestión utiliza el marbete en la primera de las dos acepciones citadas, o bien, para él, el “conjunto de todos los vivientes coetáneos” lo constituyen sóloamente Unamuno, Azorín, Baroja y Maeztu. Para el insigne autor no existió nunca un Manuel Bueno, un Llanas Aguilaniedo, un Joan Maragall, un Felipe Trigo, un Rubén

---

<sup>46</sup> .- Madrid, Taurus, 1992.

<sup>47</sup> .- *Literatura y cursilería*, Universidad de Valladolid, 1995

<sup>48</sup> .- José Luis Bernal, *¿Invento o realidad? La generación española del 1898*, Madrid, Pre-Textos, 1996.

<sup>49</sup> .- *Ibidem*, p. 106

Darío, un Rusiñol... ni tantos otros. Pero, en cambio, descubre —¡eureka!— que “incluso podría hablarse de los extranjeros de la generación del 98, entre los que estarían Enrique Rodríguez Larreta, Camille Munclair, Charles Morice, Maurice Barrès, Rainer María Rilke, Henri Cornuty —¿habrá leído el autor a Ricardo Baroja?— y *Paul Schmitz*”<sup>50</sup>, que vendrían a ser algo así —me imagino yo— como la legión extranjera del 98. En cualquier caso, en la nómina del 98 (que, según la escuela del autor, no existió ni en Cataluña, ni en Aragón, ni en Andalucía, ni en Extremadura, ni en Galicia) no hay ni un catalán, pero sí que hay un Cornuty. El 98 vendría a ser, según todo este galimatías, una especie de sociedad limitada de excursionistas mesetarios, con sede en la Puerta del Sol.

\*\*\*

Si Azaña levantara la cabeza, a buen seguro que volvería a escribir “¡Todavía el 98!”. Azaña, como Ortega antes que él, supo ver el chaparrón que, viniera o no a cuenta, nos iba a caer encima al hilo del 98; y, desde luego, entendió mejor que muchos de los que, tras él, mediaron en la cuestión del 98, que

1. “Si algo significan en grupo [los del 98] débese a que intentaron derruir los valores morales predominantes en la vida de España”.
2. “Una ligera excursión por las literaturas contiguas a la nuestra probaría tal vez que su caso fue mucho menos ‘nacional’ de lo que ellos pensaron; que navegaban con la corriente de egolatría y antipatriotismo desencadenada en otros climas”.
3. “[La generación del 98] innovó, transformó los valores literarios. Esa es su obra. Todo lo demás está lo mismo que ella se lo encontró”.
4. “[Si es verdad que profundizaron en el conocimiento de España], en Michelet, en Proudhon, en Mill y en los radicales ingleses, en ciertos arquetipos clásicos, aprendieron mucho más que hubiesen aprendido pescando cangrejos en el Duero”<sup>51</sup>.

Mi fraternal amigo Miguel Reino afirmaba recientemente en las páginas de *El Adelanto*, de Salamanca, que “el único 98 que de verdad [le interesaba]” era “el del siglo próximo”; y ello contando “con la esperanza de que para entonces nadie ande

---

<sup>50</sup> .- *Ibidem*, p. 107.

<sup>51</sup> .- Manuel Azaña, “¡Todavía el 98!”, art. cit.

cantando a labriegos castellanos que todo lo esperan sumisamente del cielo ni a ociosos cazadores de luengas capas ni a encinas nervudas que simbolicen todo un resignado modo de aceptar el destino”. Y concluía así: “en este día en que *EL ADELANTO* mira en su retrovisor cien años de historia para lanzarse a cien años nuevos, mientras con el rabillo del ojo cautelarmente veo alejarse por el retrovisor el 98 del siglo pasado, brindo por mi 98. O sea, el 2098”. Suscribo el brindis, porque cien años de polilla son muchos años. ¿Cava, champán... o anís del mono?